

DE ACTUALIDAD

# LA CATASTROFE DE LA CIVILIZACION

He leído que en Melilla, en vista del alto precio que alcanzan los sombreros de paja, han acordado algunos jóvenes no usarlos y hasta andar durante el verano con la cabeza al descubierto. Lo que nos parece hasta más sano y más agradable. Y aunque sea al sol. Y aún en invierno. Y en todo caso, puede muy bien sustituirse el sombrero por la gorra, renunciando a la sombra.

Pero ya en serio, el acuerdo de esos jóvenes de Melilla nos indica uno de los efectos que deben seguirse a la actual crisis de las subsistencias de toda clase y es el de limitar el consumo, sobre todo en aquellas cosas de que se puede muy bien prescindir. Y de hecho la guerra y sus más inmediatas consecuencias económicas han enseñado a muchos que había gastos de que podían, sin perjuicio alguno, y hasta con notable provecho en no pocos casos, prescindir. Aunque se observe que por otra parte se derrocha en gastos perfectamente inútiles. Y siempre fué así, que la restricción de lo que se creía necesario lanzó a los hombres al derroche de lo superfluo, sin acordarse para nada del ahorro.

Cuando se ha hablado de la ola de pereza y de la merma de la producción de lo de más general uso, hemos pensado que con esa ola —real o supuesta— de pereza por parte de los productores directos e inmediatos va de par una ola de derroche de parte de los meros consumidores, de los que gastan lo que no han ganado ellos si no se lo han ganado otros. Y si la ola de pereza del productor hace mermar y encarecer los artículos de primera necesidad la ola de derroche del acumulador de riqueza no acude a estimular la producción de artículos de primera necesidad. Y nunca se ha fugado más ni más desenfundadamente que ahora se juega.

Todas las defensas de las industrias de lujo nos parecen sofísticas.

Si los obreros empeñados en producir artículos de lujo se emplearan en los de primera necesidad, aunque ocupados en ello menos horas, viviríamos todos mejor. La producción del artículo de lujo es un artificio equivalente al de la creación del ejército de reserva del trabajo, el de los desocupados que actúan a las veces de esquirolas, y que tiene por objeto como enseñaba Marx impedir el alza de los salarios.

Los que hoy están torpemente empeñados en España en abolir la ley de la jornada de ocho horas de traba-

jo saben de sobra que esa medida no merma la productividad, ya que hay brazos sin empleo —y prueba de ello es la constante y aún creciente emigración de ellos— y que lo que hacen 400 obreros en ocho horas lo hacen 320 en diez, y si sobran 80 no por merma de horas ha de menguar la producción. Lo que si merma trabajando 400 obreros durante ocho horas, en vez de 320 durante diez, es la renta del capital invertido en la producción. Pero esto es otra cosa.

Hay otros que ante la perspectiva de que un más justo reparto de los beneficios, y sobre todo, de que no pueda consumir el que de un modo o de otro no produzca, hablan de la posible catástrofe de la civilización. Y los que tal auguran entienden de ordinario por civilización algo muy externo y muy material. Ninguno de ellos llega al grado de civilización a que llegaron los atenienses del tiempo de Pericles, y éstos, sin embargo, vivían muy sobria y frugalmente. Y satisfacían a expensa pública y en obras públicas lo más elevado de sus gustos. Y en la misma tan calumniada Edad Media, hubo ciudades en que una intensa, intensísima vida interior, una altísima civilización —la de la Florencia del Dante, v. gr.— trascurría en un régimen de altos salarios y de poco lujo.

No, la civilización corre hoy más riesgo —si es que le corre— por la ola de derroche de los ricos ociosos que prefieren malbaratar lo que les ganaron otros a ponerse a trabajar con ello —ya que el no oficio de socio capitalista y puramente tal, se va poniendo mediano— que no por la ola de pereza de los trabajadores. Y es, en todo caso, natural que sientan pereza y hasta repugnancia moral por entregarse a la producción de artículos de lujo —o acaso dañinos— cuando saben que empleándose en la de artículos necesarios esto haría subir sus salarios y aunque hiciese a la vez subir el precio de esos artículos necesarios no sería, ni con mucho, en la proporción que los salarios.

La producción de artículos de lujo es, lo repetimos, otra forma de lo del ejército de reserva.

¿Y qué es lujo?, se nos dirá. Claro que no es fácil responder a esto, pero en todo caso, los lujos espirituales, que son los que salvan a la civilización, son los más baratos. Le costaba bien poco el filosofar a Platón, que se contentaba con unos higos y no sabemos que gastara muchos ternos.

MIQUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES